

to, si he estudiado poco, ó he aprendido nada, qué importa: como de esos estamos viendo que adolecen del mismo mal; y sin embargo pueden prestar escribidoras á quien las fundó; y sobre todo, ¡ya se sabe que *vaúlaces fortuna jubat*.

En efecto, apenas tomé la pluma me ocurrieron de tropel un sin número de ideas, que casi me confundían: ya quería satirizar, ya criticar con variedad, ya censurar, ya apologistar; y en fin todo me lo quería hacer. Unas veces decía: no será malo forjar un papelito con el título de Apologista universal sin apología, en el que haga ver, que á no ser aquellos conceptillos que *mutatis mutandis* habia suministrado el plagio, nada habia escrito el Señor Apologista que debiese ni pudiese ser defendido como útil, instructivo ó substancial. Estas y otras ideas se daban empujones en mi imaginativa, hasta que de repente, y no se por dónde, se hizo lugar entre todas, una que á primera vista robó todas las atenciones á mi discurso. ¡Ah! Señor Censor, qué moda es la moda! Señor Apologista, ¡la moda! qué atractivo! Bastóle á esta mi última idea ser de moda, para que sin oír los gritos de las demas la acogiese yo como mas digna.

Se continuará.

El sabio se previene,

y en todo igual su ánimo mantiene.

SONETO. V

Admiro los progresos de un amigo,

que arrullado en paja humilde cuna,

paso á paso le encumbra la fortuna,

desdeñando igualarse ya conmigo.

Su apriitud en el auge halla testigo:

nunca tizno su honor mácula alguna;

la afliccion llega á él siempre oportuna;

y gana en cada lance un enemigo.

